

# Angélica Bernal Olarte

## Setenta años de *El Segundo Sexo*

### Un pasado que ayuda a leer el presente



Podría pensarse que empezar un comentario sobre los setenta años de la obra *El Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir con su frase más emblemática es una completa falta de imaginación; sin embargo hay pocas sentencias que condensen de una manera tan poderosa el contenido filosófico y político de una obra como la famosa “No se nace mujer, se llega a serlo”. Esta frase ha alimentado una monumental cantidad de obras que la acogen y profundizan, que la critican y deconstruyen, que la condenan o la declaran inmortal.

Una de sus lectoras más recientes y célebres, Judith Butler, interpreta ese “No se nace mujer, se llega a serlo” como “una nace su sexo, pero llega a ser su género” y desde ahí construye una densa crítica que de manera muy esquemática puede sintetizarse en que para la filósofa francesa los géneros están producidos por la cultura, lo que Butler considera limitado ya que incluso el sexo es un producto: no hay naturaleza en el ser genérico, porque incluso su supuesto carácter natural o biológico en la actualidad, proviene de una lectura cultural, social y de la dominación sobre los cuerpos.

Butler señala en la obra de De Beauvoir una cierta *esencialización* del ser mujer, premisa por lo menos problemática en tanto toda la obra de la francesa es un intento precisamente por desnaturalizar lo femenino, por ubicar en contextos históricos, sociales y culturales la experiencia del ser mujer y por tanto desvirtuar la idea de una esencia femenina. De Beauvoir devela el carácter construido del ser mujer y denuncia la supuesta “esencia femenina” como un instrumento de opresión sobre las mujeres. Esta polémica no es menor en tanto *El Segundo Sexo* como obra iniciática para muchas feministas se ocupa de evidenciar cómo las sociedades patriarcales mediante diversos mecanismos condenan a los sujetos mujeres en plural a ser “mujer”, y la lectura *butleriana* parece en ese sentido, un intento autojustificador de su obra a partir de una mirada interesada sobre el clásico.

La búsqueda *butleriana* de los mecanismos mediante los cuales el sexo se produce, la lleva a un terreno común con De Beauvoir: el cuerpo (por tanto el sexo) no es naturaleza sino que es situación, es decir, “un campo de posibilidades interpretativas”, o un “peculiar nexo entre la elección y la cultura” (López Pardina, 2019). En esos términos el cuerpo es un producto social y cultural, parcialmente elegido, mayormente impuesto. Hay entonces más cercanía entre De Beauvoir y Butler de lo que ésta última reconoce. Butler interpreta el «no se nace» como la premisa de que ser mujer es un proceso marcado por el poder y la opresión, asunto que precisamente De Beauvoir evidenció y desmontó al documentar las lógicas de la opresión sexual y el carácter cultural del supuesto “eterno femenino”.

En otro apartado de su obra De Beauvoir se pregunta ¿Qué es una mujer?, a lo que responde

en primera persona singular: «Yo soy una mujer» (Femenías, 2008). Para Butler esa expresión identitaria es motivada por una intención de presentar un sujeto transparente de representación política, lo que supuso que el feminismo en casi setenta años ha asumido la categoría “mujer” como el sujeto de la lucha política feminista, como una identidad “cerrada”, razón por la cual algunas voces señalan a la filósofa francesa como una de las mayores exponentes del feminismo ilustrado, hegemónico, blanco, eurocéntrico. ¿Qué pasa si la pregunta se la hace una mujer del sur global, racializada y explotada? Si se pregunta ¿qué es una mujer, podrá responder en primera persona singular: «Yo soy una mujer», o tal vez ese es un privilegio para las generizadas mujer blanca, del norte global? ¿Son esas categorías pertinentes y pervivientes hoy en día? No podemos olvidar que en otro contexto y mucho antes que la francesa, Sojourner Truth, nacida en la esclavitud en el Estado de Nueva York, en un potente discurso después de obtener su libertad en 1827 se preguntaba ¿No soy acaso una mujer?, como denuncia del racismo imperante en las luchas por la igualdad de las mujeres, incapaces de incluir entre sus banderas las de la mujeres negras esclavizadas.

Este debate de enorme vigencia nos cuestiona acerca del sujeto de la lucha feminista que no puede abstraerse del momento político en el que la pobreza, el hambre, la violencia y la negación de la diferencia y del conflicto requiere un sujeto de lucha múltiple y complejo. Los poderes que se enfrentan no amenazan sólo la libertad en términos *beauvoirianos*, de las mujeres, sino que amenazan la existencia misma de la gente racializada y empobrecida. Hombres y mujeres mueren por docenas diariamente en las fronteras, en los mares, en los barrios empobrecidos porque

eso sirve al capitalismo global. De Beauvoir en su posición de europea a mediados del siglo XX y a final de la Segunda Guerra Mundial no pudo escapar del prejuicio blanco, y tampoco oyó los reclamos histórico de mujeres en posiciones de subalternidad no sólo por cuestiones de género sino raciales y geopolíticas, pero sí reflexionó sobre la relación opresor y oprimido, y tuvo la claridad para subrayar el problema de la responsabilidad que nos cabe a las propias mujeres en las relaciones de opresión. En su trabajo afirmó “el opresor no sería tan poderoso si no tuviera únicamente cómplices entre los mismos oprimidos”, frase que nos recuerda también a las feministas que nuestra lucha ha cuestionado un mundo generizado y desigual pero también ha dado aire a otras formas de opresión como el racismo, el clasismo y el heterosexismo.

Femenías (2008) en su rigurosa y amplia obra, señala que uno de los legados más vigentes de la obra de De Beauvoir, es el reconocimiento de que a pesar del contexto de violencia y sobre todo de opresión, “es preciso impedir que la tiranía y el crimen se instalen triunfalmente en el mundo; la conquista de la libertad es su única justificación y, por tanto, oponiéndose a aquellos, debe mantenerse de una manera viva la afirmación de la libertad” (De Beauvoir, 1956: 149). Pero no una libertad como absoluto o en abstracto: una libertad sustentada en la generalización de condiciones de vida dignas para todo ser humano. La libertad no es posible en medio del hambre o la violencia. Para esta autora la libertad no es un inmaterial o ideal sino que se configuran históricamente en condiciones concretas de allí que ni la dignidad, ni la libertad, ni la igualdad o la justicia se consiguen de una vez y para siempre.

Una lectura hoy de *El Segundo Sexo* encontrará aspectos críticos y debatibles, encontrará anacronismos y eurocentrismos, pero incluso desde ahí sigue siendo fuente para la lucha actual. Historiadoras/es nos han enseñado que entender el presente requiere conocer el pasado y que nuestras lecturas desde el presente re-significan el pasado, así como el pasado nos ofrece claves para comprender el presente. Es por ello que visitar una obra como *El Segundo Sexo* es un paso necesario en la formación de las activistas feministas y tal vez de todo aquel sujeto que crea en la necesidad de cambios sociales y de justicia social. Esta filósofa hace parte de los clásicos de la filosofía no sólo feminista y su lectura es necesaria en tanto las nuevas luchas deben reconocer los caminos andados para evitar el riesgo de volver a descubrir lo ya descubierto.

## Bibliografía

Femenías, M. (Julio - diciembre de 2008). Simone de Beauvoir. Contribuciones de una filósofa. *La manzana de la discordia*, 3(2), 7-15.

López Pardina, T. *De Simone de Beauvoir a Judith Butler: el género y el sujeto*. Obtenido de Revista Temas el 28 de junio de 2019): <http://roderic.uv.es/bitstream/handle/10550/46341/101107.pdf?sequence=1>

Smaldone, M. (2015). Butler: narrarse desde la opacidad. Ecos de la moral existencialista beauvoiriana. En M. L. Femenías, & A. Martínez, *Judith Butler: Las identidades del sujeto opaco*. 291 páginas. La Plata: Universidad de la Plata.